SILVIO-FIGARELO y GABRIEL PIÑANA

LA CARETA DE PIERROT

FARSA CARNAVALESCA

en un acto, con un prólogo y un epílogo, en prosa y verso, original

Copyright, by Silvio-Figarelo y G. Piñana, 1909

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

A Lucca

Gabrielli

LA CARETA DE PIERROT

FARSA CARNAVALESCA

en un acto, con un prólogo y un epílogo, en prosa y verso

ORIGINAL DE

SILVIO-FIGARELO y GABRIEL PIÑANA

Estrenada en el Teatro Príncipe Alfonso de Madrid, el 20 de Febrero de 1909

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS
N.º de la procedencia
4528.

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1909

Para D. Manuel Linares Rivas y Astray

Ahí va, ilustre D. Manuel, un nuevo modelo *de Pierrots y Colombinas, que hemos confeccionado en el arlequinesco taller de nuestras seseras, exclusivamente para tardes de carnaval.*

Desde lo más hondo de nuestras conciencias hemos solicitado ya el perdón de aquella pareja frívola y sentimental, que fué como la síntesis de todo sufrimiento y de toda ternura; es decir: de todo amor.

Y ahora no nos falta más, sino que usted nos perdone el que, esclavos del ambiente, *hayamos disfrazado nuestras almas hasta el extremo de no reparar en que tal vez sea petulancia* guiñolesca *hacer á usted el ofrecimiento sincero de esta humildísima* farsa.

Silvio--Figarelo.

Gabriel Piñana.

725264

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
COLOMBINA	Srta. Sampedro (M.)
LA PRINCESA ADORINA	Sra. Camps.
SILDA	Calvo.
MÁSCARA 1.ª	Srta. La Rosa.
IDEM 2.ª	Sampedro (P.)
IDEM 3.ª	Sra. Lafuente.
PIERROT	Sr. Monteagudo.
SATIRICÓN	Guirau.
EL VIEJO GUIGNOL	Lombía.
TARQUINO	Cuesta.
FLORO	Millo.
SYRO	Barbero.
INVITADO 1.º	Catalán.
IDEM 2.º	Pareja.
MANUEL	Gutiérrez.
ENRIQUE	Tejero.

La acción del prólogo y del epílogo en Madrid.—Época actual
La del acto único en el palacio del Príncipe Zafir

Nota. Los invitados vestirán de chambergo y capa corta sin antifaz.

LA CARETA DE PIERROT

PRÓLOGO

Gabinete modesto dispuesto convenientemente para verificar un cambio rapidísimo de decoración. Una mesa con periódicos y libros

ESCENA ÚNICA

MANUEL y ENRIQUE

Al levantarse el telón aparece Manuel sentado ante la mesa leyendo un periódico

ENR. (Dentro.) ¿Que no sale? ¡Ya verá usted si me lo llevo! (Apareciendo en la puerta con gran jovialidad, llevando en las manos el gabán, el hongo y el paraguas de Manuel.)

MAN. Pero oye, chico, ¿dónde vas con mi gabán y mi sombrero?

ENR. A servirte de ayuda de cámara y á que salgamos de aquí en seguida. (Rápidamente le pone el gabán sobre los hombros y le coloca el sombrero.)

MAN. No insistas, Enrique; yo no voy al baile sin dinero. (Dejando sobre una silla las prendas que le entró Enrique.)

ENR. Eso está muy bien, ¿y cuánto dinero necesitas?

MAN. Yo no salgo de aquí sin veinticinco pesetas en el bolsillo.

ENR. Saca la cartera.

MAN. ¿Para qué?

ENR. Saca la cartera en seguida. (Manuel saca la cartera.) Trae acá.

MAN. Sí, sí, registra.

ENR. Aquí está. ¿Qué es esto?

MAN. Mi cédula personal,

ENR. ¿Y qué dice aquí?

MAN. Edad, veintitrés años.

ENR. ¿Y te parece poco capital para ir á un baile? ¿Tú sabes lo que es esto?

MAN. Veintitrés años.

ENR. Veintitrés billetes de mil pesetas.

MAN. Sí, pero como no hay quien me los cambie, me quedo en casa. ¿Tú que dinero llevas?

ENR. (Algo compungido.) ¿Yo?... Siete ochenta y cinco. Una miseria, chico.

MAN. Bueno, eso en efectivo, que nominal llevas lo menos cinco mil duros.

ENR. Sí que ya me va pesando un poco el capital. En fin, ¿vienes ó no vienes?

MAN. Te diré; aun tengo dos horas para decidirme.

ENR. (Mirando el reloj.) Y yo dos horas para aburrirme.

MAN. Eso no; si quieres te puedo distraer un rato.

ENR. ¡No, por Dios! ¡Poesías no!

MAN. ¡Quiá! Si no son poesías. Es un secreto. Una comedia que tengo terminada y que voy á leerte.

ENR. Aceptado. Si me gusta, ¿qué me das?

MAN. El alegrón de acompañarte al baile. Y si no te gusta...

ENR. Si no me gusta me das la lata. Bueno; venga de ahí: ¿asunto?

MAN. De carnaval. (Saca de un cajón de la mesa las cuartillas.)

ENR. Bonito ambiente. ¿Título?

MAN. *La careta de Pierrot.*

ENR. Bonito título. (Aparte.) Lo estoy viendo en el baile. (A Manuel.) Su señoría tiene la palabra.

MAN. (Leyendo.) «Acto único. La acción en el pala»cio del Príncipe Zafir. Al levantarse el te-

»lón, máscaras y pajes pasean por los jar»dines. La escena, profusamente iluminada. »Mucha animación; mucha alegría. La fiesta »se halla en todo su apogeo. *Incroyables* y *Pie»rrots*, lujosamente ataviados. Ojos brillantes »que centellean á través de un antifaz rosa ó »azul. Un perfume de risas y de voces alegres, »mézclase en el ambiente blando y suave con »la tierna dulzura de una música lejana... (Mutación. Queda la sala completamente á obscuras y aparece la escena anteriormente descripta. Grandes risas. Dentro se oye un vals que cesará en seguida.)

CUADRO UNICO

ESCENA PRIMERA

MÁSCARAS 1.ª, 2.ª y 3.ª, SATIRICÓN é INVITADOS 1.º y 2.º discurren por la escena vistiendo disfraces de capricho y fantasía. Es de noche

INV. 1.º (A Máscara 1.ª que ríe.) ¿Por qué te ríes?

MÁS. 1.ª Eres peregrino. ¿De modo que has venido al baile del Príncipe con la ilusión de encontrar en él á la dama de tus ensueños?

INV. 1.º ¡Qué quieres, máscara! Debajo de cada antifaz imagino siempre una mujer que me adora en secreto. (Siguen paseando sin salir de escena.)

MÁS. 2.ª (A Invitado 2.º) Aceptado. Pero, ¿tanto te gusta el champagne?

INV. 2.º ¡Oh! Me entusiasma porque se parece á tí. Es exquisito como tú, rubio como tú y hace perder la cabeza como tú.

MÁS. 2.ª (Riendo.) Sí, pero á mí no se me puede beber.

INV. 2.º Te engañas; dame la copa roja de tus labios y verás qué pronto me emborracho.

MÁS. 2.ª ¿De champagne?

INV. 2.º Del champagne de tu amor.

MÁS. 2.ª ¡Vicioso! (Continúan el paseo.)

INV. 1.º (A Máscara 1.ª) Déjalos que murmuren.

MÁS. 1.ª No; si no me ofende; me molesta nada más. Pero, señor, ¿por qué se han de ocupar todos de uno?

INV. 1.º Por lo mismo que uno se ocupa de todos.

MÁS. 1.ª Eso no; aun no he murmurado yo del escote de la marquesa.

INV. 1.º En cuestión de escotes todo es según el sitio desde donde se miren.

MÁS. 1.ª Para el escote de la marquesa todos los sitios son atalayas. (Continúan hablando en voz baja.)

SAT. ¿Qué te parece mi nuevo amor?

MÁS. 3.ª ¡Sugestivo!

SAT ¿Y qué crees que debo hacer?

MÁS. 3.ª Cásate.

SAT. Imposible; tengo un amor más antiguo.

MÁS. 3.ª Feliz tú que puedes ser dichoso con dos amores.

SAT. Te equivocas; estoy preocupadísimo.

MÁS. 3.ª Ya te pasará.

SAT. Dices bien; recordaré lo que dijo el poeta:

Un amor puede importuno
matar al hombre más grave;
dos amores no se sabe
que hayan matado á ninguno.

(Mutis por foro izquierda de Máscaras é Invitados.)

ESCENA II

PIERROT, SATIRICÓN, TARQUINO, FLORO y SYRO por lateral izquierda

Mientras hacen mutis las parejas de la anterior escena, se oyen fuera las voces de Pierrot y sus amigos que llegan por la izquierda, quitándose los antifaces

PIER. Sí, amigos míos; estoy seguro de que es ella.

TAR. ¿Y dices que ese viejo...?

PIER. Es el mismo que la acompañaba la noche que la conocí. ¡Ah! Estoy emocionado. Tiemblo como si ésta fuese mi primera aventura. Un año hace que busco en balde á la miste-

riosa Colombina y hoy mi buena estrella la trae al baile del Príncipe.

FLORO ¿Y cómo la conociste?

PIER. ¿No lo sabeis?

TAR. Nunca quisiste decírnoslo...

PIER. Pues oid: fué en un baile de Carnaval y en una noche como esta. Yo estaba contento, muy contento. Galanteaba y sonreía, cuando de pronto una voz muy dulce llegó á mis oidos. Escuché unos versos; los versos eran míos. ¿Quién era aquella mujer que los recitaba, y cómo conocía los alegres versos de Pierrot? Trémulo de emoción la pregunté mil veces: «¿quién eres?» y ella reía, reía siempre. Su alegre charla fué esclavizando poco á poco mis pensamientos y solo en dos horas llegué á quererla locamente. Se negó á descubrirse; quise arrancarle el antifaz, y me dijo, ¿para qué? si jamás he de ser tuya; y reía, reía siempre.

SYRO ¡Novelesco! (Riéndose.)

TAR. ¿Y no volviste á saber de ella?

PIER. Hasta esta noche.

TAR. Pero ¿cómo la has reconocido si no lograste ver su cara?

PIER. El corazón no nos engaña; y el timbre de su voz logró meterse tan adentro de mi alma que esta noche, al escucharla de nuevo, no dudé un instante. ¡Era ella! ¡mi Colombina! ¿Confío en vosotros para apoderarme de ella esta noche, cueste lo que cueste?

SYRO Desde luego.

FLORO Para algo somos tus amigos.

TAR. ¿Y no tienes idea de quién puede ser ese viejo que la acompaña?

PIER. Ninguna. Y creed que me preocupa bastante.

TAR. ¿Será su padre?

PIER. Imposible. Nunca le respeta.

FLORO ¿Su hermano?

PIER. Para eso es demasiado viejo.

SYRO ¿No será su marido?

PIER. No lo es. Fué lo único que ella me aseguró.

TAR. Pues entonces no hay duda, es su amante.

PIER. ¡Ah! Colombina es pura. Tanto como la luz de sus ojos.

FLORO Nada; hay que renunciar á averiguarlo. (Un momento queda Pierrot grave y pensativo en actitud que contrastará visiblemente con su rostro en el que habrá perenne una alegre mueca de burla y desenfado; este gesto no lo dará el actor sino el caracterizado, debiendo cuidarse con la mayor propiedad, pues de su exactitud depende el que llegue al público el efecto final de la obra.)

TAR. (Reparando en la cara de Pierrot.) ¡Es extraño!...

SAT. Extraordinario. Reparad en la cara de Pierrot. (Todos le miran y ríen á carcajadas.)

FLORO Te has puesto tan triste que casi ibas á llorar y sin embargo ríe tu cara como si fueses á soltar una carcajada. (Conteniendo la risa.)

PIER. (Volviendo al tono en que empezó la escena.) ¡Bah! No hacedme caso. ¡Ya volvió otra vez la alegría!

SYRO Es original. Dinos, ¿por qué te has pintado así el rostro?

TAR. No se te puede mirar sin reirse.

PIER. Como antes de venir al baile estaba triste y preocupado, y aquí solo pensaba aburrirme, me dije: «Pierrot, tu leyenda de risas y frivolidad te impide estar serio; tú tienes que reir, reir siempre, como reía tu Colombina la noche feliz.» Y para no dejar de reir un solo instante, me he pintado esta careta que tanto os divierte. Así con ella, cuando yo me halle triste parecerá que estoy alegre; cuando esté alegre, pareceré más alegre todavía; y si el dolor llega á poner lágrimas en mis ojos, vereis cómo también ríen todos de mi dolor, pensando que si lloro, lloro de alegría.

TAR. Afortunadamente no habrá lugar á eso, porque estando aquí tu Colombina...

FLORO Callad; ¿no sentís un rumor de sedas que se acerca?

SAT. (Jactancioso.) Tal vez sea Adorina.

TAR. ¡Adorina! ¿La hija del príncipe Zafir?

SAT Me persigue disimuladamente. Desde que

comenzó la fiesta no ha dejado de lanzarme miradas expresivas.

FLORO ¿Hablas en serio, Satiricón?

PIER. Enhorabuena por haber conseguido enamorar á la bella princesita. (Todos le felicitan.)

TAR. Mil felicidades. ¡Qué lindo poema podrías componer inspirándote en las onzas de oro del príncipe!

FLORO Si te casaras con ella ¡qué bien sonarían tus versos!

SAT. Me casaré. ¡Silencio! El aya de la princesa se acerca.

ESCENA III

DICHOS y SILDA aya de la princesa por foro derecha

PIER. (A Silda.) ¿A quién buscais, encantadora Silda?

SILDA ¿Sois por ventura, los poetas que el príncipe ha invitado á esta fiesta?

PIER. (Con ironía.) Al decir por ventura no dices bien, pero en fin, somos los poetas. ¿Y la gentil Adorina, tu señora?

SILDA De parte suya vengo á cumplir un encargo.

SAT. ¿Y qué es ello?

SILDA Una carta. (Murmullos de curiosidad entre los poetas.)

TAR. ¡Una carta?

FLORO ¿Y de la princesa?

SYRO ¿Para quién es?

TAR. ¿Para quién? (Todas estas exclamaciones las harán casi simultáneamente.)

SAT. (Con fatuidad.) ¡Callad! Os apuesto todo el oro que querais á que esa carta es para mí. ¿Quién va en contra? ¡Nadie! (A Silda.) Silda discretísima, aya magnificente, pon en mis manos ese sobre.

SILDA (Haciendo ademán de entregar la carta.) Luego vos sois Pierrot...

SAT ¿Eh?

PIER. Pierrot soy yo.

SILDA Pues para Pierrot es la carta.

PIER. (Tomando la carta y haciendo una inclinación de cortesía.) Gracias, Silda, á tí y á tu señora.

SILDA Mandad, poeta, lo mismo á mi señora que á mí. (A Satiricón intencionadamente y recalcando.) Y vos, señor, cuidad para otra vez de apostar tan afortunadamente como ahora. (Todos ríen.)

TAR. ¡Mal quedaste, Satiricón!

FLORO ¡Te luciste, mi amigo!

SYRO ¡Buena conquista!

SILDA (A los poetas que inician el mutis burlándose de Satiricón.) Hicisteis mal no apostando con él. ¡El oro que le hubiéseis ganado!

TAR. Déjalo. Ha sido lo mismo.

FLORO Sin sacar una sola moneda de su bolsa, acaba de perder su mejor oro; el amor de una princesa.

SILDA Es verdad que ha sido peor para él.

TAR. Y de perlas para Pierrot. (Mutis de Silda y los poetas, riendo de Satiricón por foro izquierda.)

ESCENA IV

PIERROT y SATIRICÓN

Satiricón queda mirando con indignación á los que se alejan. Pierrot, separado de aquél, lee la carta de Adorina

SAT. (Sin dejar de mirar hacia izquierda) ¡Imbéciles! ¡Reid, reid en buena hora! Pero no molesteis mucho á Satiricón, si no queréis que el filo de su lengua de acero vengue en vosotros el ultraje de su despecho. (Reparando en Pierrot.) Y tú, desdichado Pierrot, goza, goza con tu victoria. También tu amigo Satiricón saborea en este momento algo tan grande como tu triunfo. (Pausa corta. Pierrot termina la lectura y guarda la carta.)

PIER. (Extrañado de la presencia de Satiricón.) ¡Satiricón!

SAT. (Fingiendo alegría.) ¡Pierrot queridísimo! ¡Te felicito con toda la lealtad de un camarada entrañable! (Le abraza con falsa efusividad.)

PIER. (Irónico.) ¿Por qué tanto cariño, amigo mío? ¿Estás resentido?

SAT. Al contrario. Celebro, como si hubiera sido á mí mismo, que la princesa te haya hecho objeto de su distinción.

PIER. Gracias, mil gracias. La princesita Adorina me dispensa la alta confianza de una cena íntima y me suplica el recitado de unos versos dedicados á ella, ¿entiendes? ¡nada más que á ella! Cuando una mujer solicita la merced de unos versos, es que se halla dispuesta á brindarnos la merced de su amor. Por eso, aunque no fuera más que por vanidad, esta carta me ha satisfecho.

SAT. ¿Y para cuándo es la cita?

PIER. Para esta misma madrugada. Ve ahí por qué me encuentro tan preocupado.

SAT. No comprendo.

PIER. Es muy sencillo. Yo he venido á este baile por ver á mi alegre pasión de un tiempo, á mi frágil Colombina.

SAT. ¿Y si no la llegaras á ver?

PIER. ¡Ah! ¡Estoy seguro! Y si tú la hubieras visto reir como yo, comprenderías que no puede darse una fiesta de frivolidad sin el encanto de su risa. ¡Sí, Satiricón! El corazón me anuncia que Colombina se encuentra en el baile.

SAT. ¿Y por qué no has de engañarte? El corazón de los enamorados es casi siempre un mayordomo torpe y fatuo que anuncia mal y tarde.

PIER. Al contrario, Satiricón amigo. Mi corazón es el único gran señor á quien yo respeto y sirvo; pero en fin, sea como fuere, la cita de la princesa me coloca en un trance apuradísimo.

SAT. Excúsate.

PIER. (Rápido.) ¡Eso, jamás! Si para ser fiel al amor de mi Colombina necesito cometer un delito de galantería, seré infiel. Pierrot no puede desairar á una dama.

SAT. (Recalcando.) Sobre todo, cuando la dama ciñe collares de perlas. (Pausa breve.) Vamos á ver,

¿quieres un consejo sano y leal, un consejo de amigo? (Pierrot asiente.) Engaña á la princesa.

PIER. ¡Satiricón!

SAT. Y cuando la princesa se haya dejado engañar, engañas á Colombina también.

PIER. ¡Calla, maldiciente! Eres un blasfemo de todo lo noble. No sabes más que engañar, siempre engañar.

SAT. Convendrás conmigo en que es el único medio de no ser engañado.

PIER. ¡Calla!

SAT. (Riendo cínicamente.) ¡Ah, Pierrot adorable y cándido! Tú no conoces el arte diabólico de la intriga y del fingimiento. Tú no sabes que en amor como en odio puede más la astucia que la sinceridad. Y que el engaño es una prueba de superioridad que damos todos los que sabemos prescindir del corazón.

PIER. ¡Vete al diablo con tus tretas y tus argucias, piel de víbora!

SAT ¿Me rechazas, Pierrot amigo?

PIER. No te rechazo; te desprecio.

SAT. Gracias, camarada romántico, pero si me declaras la guerra...

PIER. La aceptas. Entendido; por ahí debías haber empezado. (Con energía.) Pero cuida, Satiricón, lenguaraz y ruin, de que á mis ojos ni á mis oídos llegue un rastro sólo de tus argucias. Mira que Pierrot el romántico, lo mismo muere por un ensueño que mata por una traición.

SAT. (Sarcástico.) ¡Ja, ja, ja! ¡Admirable! Ese final me ha parecido una estrofa de tus romances. (Pierrot se va por la izquierda después de hacer un gesto despreciativo á Satiricón.) ¡Albricias, Satiricón! Eres un prodigio de habilidad. Por lo pronto, ya has conseguido amargar la alegría de ese pobre diablo. Y para triunfar en lides amorosas, nunca fueron armas oportunas el enojo y el mal humor. (Hace mutis por foro izquierda.)

ESCENA V

COLOMBINA y el VIEJO GUIGNOL por lateral izquierda

COL. ¡Te lo digo, te lo digo y te lo digo! Si mañana mismo no me compras una esmeralda igual á la que lleva la princesa, escaparé de tu lado y no me verás nunca.

GUIG. Considera, Colombina, que tus caprichos acabarán con mis pobres caudales.

COL. ¿Y á mí qué, viejo ridículo? (Ríe.)

GUIG. ¡Encantadora, encantadora!

COL. ¡Es decir, que aún te atreves á echarme en cara los cuatro cuartos que te gastas conmigo!

GUIG. ¿Cuatro? ¡Ah! Muchos miles, pero me resigno á todo con tal de no perderte, mi Colombina.

COL. Me hace gracia el valor que le das á tu dinero. Y en cambio para mí, ¡pchs! ¿No vale más un beso de estos labios que toda la plata que guardan tus arcones? En fin... la esmeralda, ¿sí ó no?

GUIG Oye, Colombina; yo te daría el alma y la vida, pero...

COL. Mira, viejo Guignol; tu alma no la quiero porque no me sirve para prenderla en el vestido. Dame la esmeralda y me das la vida.

GUIG. (Gimoteando.) ¡Y la diadema de oro y el collar de rubíes!... y...

COL. No sigas. Guárdalo todo para tí. Yo me marcharé con un poetá; con el primer poeta que pase. Será pobre. Sólo tendrá sus versos, sus pobres versos, que valen más que tu oro y que los derrochará conmigo.

GUIG. (Exaltado.) ¡Calla, por Dios! ¡Yo te daré la esmeralda y un joyel de diamantes, si se te antoja; pero no digas que vas á dejarme, porque, viejo y todo, te mataría á tí después de matarle á él.

COL. (Con sorna.) No te conocía trágico, mi viejo

Guignol. Me has enternecido y al mismo tiempo me has asustado. ¡Matarme por celos! ¡Y yo que te creía tan vulgar!

GUIG. No; si ya sé que soy ridículo.

COL. ¡Ah! Apropósito de ridiculez. Hemos hecho el paso en el salón. Me espiabas de una manera que se ha fijado todo el mundo.

GUIG. Si no hubieras mirado con tanta insistencia al militar ese que ha venido sin pareja...

COL. No le miraba á él; miraba una sortija que lleva que es magnífica.

GUIG. Llevará la sortija en la nariz porque tú no has dejado de mirarle á la cara.

COL. Como que él no ha dejado ni un momento de retorcerse el bigote. (Pausa. Guignol hace un gesto de convencimiento. Aparte como abstraída.) Es su voz, su traje, y sobre todo su cara. Es el mismo rostro empolvado y alegre de aquella noche. ¡Sí! ¡Es Pierrot!

GUIG ¿Qué piensas, Colombina?

COL. Pienso que... no debo estar sola, y que mi viejo Guignol será tan amable...

GUIG. Comprendido. Quieres que no me separe de tí un momento, ¿verdad?

COL. No; déjame terminar... ¿Será tan amable que busque á mi aya para que me acompañe?

GUIG Pero, mujer, si Dafne está de galanteos, ¿quién es el bravo que la encuentra?

COL. Muy sencillo. Como sabes que ella no galantea más que bajo los tilos, no tienes más que pasear por el jardín, y allí donde veas un tilo, allí la encuentras con seguridad.

GUIG. ¡Ah! En ese caso... hasta luego, mi Colombina. (Besándole la mano.)

COL. (Con fingida coquetería.) Guignol... (Hace mutis por el foro Guignol, después de saludar á Colombina con una ridícula reverencia.) Para rato tienes, viejo antipático. No hay ni un solo tilo en todo el jardín... Alguien se acerca... ¿Si será Pierrot? ¡Pues no estoy temblando!

ESCENA VI

COLOMBINA y SATIRICÓN por foro izquierda

SAT. ¡Colombina! Nunca ví tanta belleza ni tan sola.

COL. ¿Le has visto, Satiricón? Era él, ¿verdad?

SAT. Le he visto, Colombina; y sin decirle que hablé contigo le hablé de tí.

COL. (Con gran interés.) ¿Y qué te dijo? Aun se acordará de mí, como si sólo hubiesen pasado unas horas.

SAT. (Con intención.) Si es verdad que para los enamorados cada hora es un siglo, sí.

COL. ¿Qué quieres decirme?

SAT. Nada, no me preguntes. Iba á ofenderle á él y á martirizarte á tí. ¿Para qué?

COL. Compadéceme y habla, Satiricón. ¡Qué mayor martirio para mí que tu silencio si puedo pensar de él algo peor que lo que no me dices! (Suplicante.) ¡Habla!

SAT. Puesto que te empeñas, sea: Pierrot te es infiel. Pierrot y la princesa Adorina se aman.

COL. ¡Mientes, Satiricón! ¿Y sus juramentos? Si me habló con el alma en los ojos.

SAT. (Irónico.) El alma de Pierrot se asoma á sus ojos cada vez que siente muy cerca una voz de mujer.

COL. Satiricón, ayúdame á sorprenderlos. Necesito ver su traición, no sé si para olvidarle ó si para quererle más. ¿Me ayudarás?

SAT. Eso no, Colombina. Soy un buen amigo. Ahora, que como tampoco puedo dejar de ser galante, te diré que Pierrot está invitado por la Princesa á una cena íntima.

COL. Gracias, Satiricón. Si es cierto cuanto me dices lo sabré muy pronto. Los celos y el amor son dos espías que no necesitan ayuda. (Mutis por foro derecha.)

SAT. ¡Santa mentira, talismán de los fuertes! Contigo venceré. Ahora á buscar al viejo Guignol. ¡Guignol ridículo! Viejo, rico y enamorado... ¡Qué fácil me será convencerte! (Mutis de Satiricón por lateral derecha.)

ESCENA VII

PIERROT y la PRINCESA ADORINA por foro izquierda,

PIER. (Recitando, como confidencialmente, á la Princesa. El actor cuidará de no hacer enfática ni declamatoria esta escena. Recitará con naturalidad y blandamente, tal y como si las estrofas que declame surgiesen espontáneamente y sin preparación alguna artificiosa.)
Yo soñaba, princesa, con el alma dormida,
ni pensando en la muerte, ni viviendo la vida:
que viajaba, remando mi loca fantasía
con los azules remos de la melancolía.
Después, la herida abierta por la sangre bañada,
al golpe de una mano femenina y rosada;
y el bálsamo del tiempo me fué dando la vida,
hasta que, lentamente, cicatrizó la herida,
¡Oh, el dolor, princesita, de los grandes amores!
¡Dolor del alma herida, dolor de mis dolores!
(Pausa breve.)

ADOR. Sois un sentimental, admirable Pierrot. ¿Por qué ese afán de amargaros con el recuerdo de una tristeza que ya pasó?

PIER. Yo pensé que en mi pobre corazón viviría,
agostando el recuerdo de mi antigua alegría.
Y apareciste linda, virginal y fragante
como una figulina de Tanagra. Galante
has salido á mi paso por la senda encantada
del amor de mi encanto, como una bienamada.
Has surgido y el timbre de tu voz sibilina,
como el vibrar de un ánfora de plata florentina,
tiene el eco de un trino que escuché una mañana
de luz y de sosiego. ¡Oh, mañana lejana!
¡Oh, la flor de tu boca, de tus labios de guinda!
¡Capullo de tus besos, linda flor, rosa linda!
(Con pasión tierna.)

ADOR. Perdonad, Pierrot, pero ved que la inspiración se os desborda y no precisamente por el cauce menos peligroso.

PIER. Pierrot te ha visto inquieta, brincando ágil y breve
bajo el capricho loco de un nerviosismo leve.
El revolar diáfano de tu bata flotante
ha fingido aleteos de un ave azul y errante.
Y en un loco revuelo de mi alma peregrina
yo he soñado el plumaje de un amor golondrina.

ADOR. Plegad un momento las alas. Soñáis, poeta,
al vuelo, como la golondrina de vuestro
amor.

PIER. Y aun siguiera soñando con el alma despierta
si el recuerdo adormido de una pasión ya muerta
no viene á mí, sangrante de dolor y ternura,
á narrarme la historia de una triste aventura,
¡aventura tan triste, que temo al amor santo
que una paz de caricias me brinda con su encanto!

ADOR. (Transición del halago á la preocupación.) ¿Y por
qué no soñar, Pierrot amigo, con un nuevo
amor, dulce y sincero como el antiguo?

PIER. ¡Temo tanto á la mano femenina y rosada.
que ahondó la herida abierta, por la sangre bañada!
Y en un alma que sueña, ¡oh, dolor de dolores!
duele tanto ¡oh, princesa! el mal de los amores!
Y así, ya sólo espero que el viento del destino
me encauce por la senda de mi triste camino
para seguir remando mi loca fantasía
con los azules remos de la melancolía...

ADOR. Bien, Pierrot. (Tras una pausa, con severidad.) Os
agradezco el recitado de vuestros versos, que
os inspiró mi compañía. Y os felicito por
vuestra habilidad galante en demostrarme
que el corazón no os pertenece ya.

PIER. Reparad, princesa, que mi intención...

ADOR. No, no os disculpéis. Está visto que sois un
esperto amador, ducho en estos lances.

PIER. ¿Os han ofendido mis frases, princesa? Ved
que nacieron de lo más hondo de mi alma.
Yo os juro que las dictó mi sinceridad.

ADOR. Lo creo. Y esa es, precisamente, la razón
mayor de mi ofensa: vuestra sinceridad.

PIER. ¡Princesa!

ADOR. ¡Callad, Pierrot! Es decir, si no queréis echar por tierra ante mis ojos, vuestra bien ganada fama de hábil.

PIER. Yo os aseguro...

ADOR. ¡Callad! (La Princesa tras una inclinación despectiva hace mutis por lateral izquierda.)

ESCENA VIII

PIERROT

¡Se marcha resentida! Decididamente no estoy en vena de rendir corazones, sino de atormentarlos. Ese endemoniado Satiricón ha turbado el sosiego de mi alegría esta noche. Esta noche en que mi alma debe reir á carcajadas como mi careta. ¡Pérfido camarada! ¡Bien te cobras tus envidias y tus rencores! (Pausa breve. Mira con interés hacia la izquierda.) ¡Ah! ¡Es aquella máscara que ríe! ¡Sí! ¡Es Colombina! ¡Y va apoyada del brazo de uno! ¡Sí! Ahora se detienen. ¡Y él es Satiricón! ¿Qué estarán hablando? ¡Ah! Si Pierrot celoso no fuera tan ridículo como las jorobas del viejo Guiñol, ahora mismo os diría á los dos que sois unos infames. ¡Bah! Después de todo, ¿á qué conceder importancia á la compañía de ese truhán? ¡Mal para ella, si la galantea él! ¡Peor para él, si ella ríe del sarcasmo de su lengua!... ¡Ya se alejan! (Pausa. Volviendo al centro de la escena) ¡Pues no me he quedado triste! (Queda un momento pensativo. Se oye la algazara de los amigos que se acercan.) Ahí vienen mis amigos. ¡Traen la alegría! ¡La santa alegría del amor... del amor y del vino!

ESCENA IX

PIERROT, TARQUINO, FLORO, SYRO é INVITADO 1.° por el foro izquierda. Los amigos rodean jubilosos á Pierrot

TAR. ¡Salud, Pierrot!
FLORO ¡Gloria á la incomparable careta!
SYRO ¿Qué haces aquí riéndote solo?
INV. 1.° ¿Aguardas á Colombina ó á la princesa?
TAR. Vente con nosotros. Tú eres la única alegría que nos falta.
FLORO Sí, Pierrot; ven con nosotros. (Tratan de llevarlo.)
PIER. (Resistiéndose.) No; dejadme: estoy un poco triste.
TAR. ¡Qué bromista!
FLORO ¡Triste Pierrot!
SYRO ¡Triste y estás feo de tanto reir!
INV. 1.° ¡A la fiesta!
TAR. ¡Beberás con nosotros! ¡A flechar doncellas! (Entre todos se lo llevan por el foro derecha.)

ESCENA X

SATIRICÓN y GUIÑOL, por lateral derecha

GUIG. (Que viene algo achispado.) Bromas aparte, Satiricón. ¿Es cierto cuanto me has dicho?
SAT. Y á no serlo, ¿te lo hubiese jurado por mi honor?
GUIG. No es posible; habrás oído mal. Quizás fuese otra la que hablaba con Pierrot.
SAT. ¡Si me dijeras que era otro el que hablaba con Colombina!... Tampoco dudaría; la voz de ella, y el rostro de él no se confunden. Lo que no puedo asegurarte es cuál de los dos llevaba antifaz; hablaban con los rostros tan juntos...
GUIG. Si es chanza no la continúes, Satiricón.
SAT. Si por tal la tomas, será que no te importa. Peor para tí.

GUIG. ¡Oh! Entonces continúa, bondadoso amigo. Quiero saberlo todo para, (Bajando la voz.) no digas nada á nadie, para matarla. Es decir, matarla, no. Mataría á él. No; tampoco. Bueno, para saberlo todo, y después emborracharme, y olvidar, y volver á quererla. ¿Decías que se verán en el jardín y cerca de este sitio?

SAT. Ella al menos le dió la cita.

GUIG. ¡Engañadora! ¡Frívola! ¡Sólo le vió una noche y supo enamorarse de él! ¿Quieres decirme lo que hablais los poetas á las mujeres para rendirlas tan aprisa?

SAT. Imposible, porque no lo entenderías.

GUIG. ¡Cómo!

SAT. Entender la poesía es ser poeta, viejo Guiñol. Y eso te valdría más que tu oro para enamorar á Colombina.

GUIG. No aspiro á enamorarla, sino á que no la enamore nadie. ¿Qué debo hacer para encontrarlos juntos, para sorprenderlos en su amor?

SAT. Obedecerme en todo. Ahora, vete á beber champagne, por si tienes que habértelas con Pierrot; el vino da ánimos y fuerzas. Después me aguardas junto á la fuente, y lo demás...

GUIG. Lo demás, tú has de verlo, Satiricón amigo. Hasta luego. (Vase por el foro izquierda.)

SAT. (Viéndolo marchar.) ¡Viejo imbécil! Por mi parte ya he conseguido amargarte la fiesta. El vino se encargará de que tú se la amargues á Pierrot.

ESCENA XI

SATIRICÓN y PIERROT por el foro derecha

SAT. (Viendo llegar á Pierrot.) ¡El aquí!

PIER. ¿Cómo tan solo? Las muchachas te echan de menos en el salón.

SAT No será cierto, puesto que estaba entre ellas el poeta preferido.

PIER. Eres cínico.

SAT. Cínico y bueno: no es incompatible.

PIER. Pronto se te ha pasado el enojo.

SAT. He comprendido que dos buenos camaradas no deben reñir nunca, á menos que el honor lo reclame. Depongo mi actitud de lucha. (Ofreciendo la mano á Pierrot.) ¿Aceptas?

PIER. ¡Qué remedio!

SAT Confío en que no harás el amor á Adorina. Y cuenta que no es por mí solo la advertencia. Colombina está celosa; le han debido contar tus galanteos con la princesa... lo cual no será obstáculo para tu amor. Quiere decir que si no la convences en diez minutos, lo lograrás en veinte.

PIER. (Volviéndole la ironía.) Otro tanto te digo de Adorina; han murmurado que la cortejo y por fuerza te ha de ser esquiva. Pero vencerás, Satiricón. Tu charla es irresistible.

SAT. Tan irresistible como tu careta. ¡Ah! (Mirando hacia la lateral derecha.) ¿Es Colombina aquella que viene hacia aquí?

PIER. ¡Sí! ¡Justo! ¡Colombina!

SAT. El no estorbar siempre fué de discretos; adiós, Pierrot, amigo.

PIER. Que al fin conquistes á la princesita.

SAT. Que una vez más venza á Colombina *La Careta de Pierrot.* (Mutis por foro izquierda, sonriendo con ironía.)

PIER. ¡Sí! ¡No puedo dudarlo! (Mira hacia la izquierda.) ¡Es ella! ¡Ella que viene a hablarme! ¡Alégrate, Pierrot! El tiempo no ha pasado; es ésta aquella misma inolvidable noche que la conocí. (Sonríe satisfecho viendo acercarse á Colombina.)

ESCENA XII

PIERROT y COLOMBINA por lateral derecha

COL. (Entrando.) ¡Pierrot!

PIER. (Con júbilo.) ¡Colombina! ¡Mi Colombina! ¡Por fin! Estaba seguro de que vendrías esta no-

che. ¿Y tú? ¿No me esperabas tú también? ¡Contesta! ¿Qué te sucede? ¡Habla!

COL. ¿Y para qué, Pierrot? Mi camino y el tuyo son distintos. No nos encontraremos nunca. (Iniciando el mutis.) Déjame.

PIER. (Deteniéndola.) Eso no. Tú sabes mejor que yo que si el camino de mi vida está ya trazado tú fuiste la única que lo trazaste. Si lo negaras sería empeño tuyo de no querer asomarte á mi corazón.

COL. Te engañas, Pierrot. No llegarás tú tan pronto á mi alma, como yo ahondé en la tuya. Y dejemos esto que parece triste. Ni tú ni yo nacimos más que para reir. Ríe, Pierrot, como río yo y olvida como yo olvido.

PIER. No, Colombina, escucha. Tú me ocultas algún resentimiento, pero basta de recriminaciones. (Exaltado.) ¡Cuéntamelo todo! Insúltame si quieres, pero sepa yo por qué me insultas. Despréciame, si te crees con derecho á ello, pero dime por qué me desprecias.

COL. (Riendo forzadamente.) Te veo transformado, Pierrot adorable. Sientes despecho como cualquier enamorado vulgar. Te echan chispas los ojos como al más furioso de mis amantes. No te hace falta más que blasfemar y amenazarme para convertirte de poeta tierno y rendido en el grotesco y empalagoso Guignol... ¡Ja, ja, ja!

PIER. ¡Colombina! ¡No te burles de mí! ¡Te lo exijo!

COL. ¿Lo ves? Lo mismo, lo mismo que él.

PIER. ¡Calla!

COL. ¿No querías que hablase?

PIER. (Transición.) Es verdad. Habla, sí. Necesito que me seas sincera, aunque para no engañarme tengas que creer en mi engaño.

COL. (Simulando indiferencia.) Nunca fuí nadie para reprocharte nada.

PIER. Es inútil que finjas. Te lo conozco.

COL. ¿De cuándo acá eres adivino á más de poeta? (Recalcando y con sorna.)

PIER. (Con ternura.) ¿De cuándo acá me enloquecíste, Colombina?

COL. ¡Si la princesa te oyese!

PIER. ¡Por fin! ¿Lo ves? Has creído á ese cínico y deslenguado Satiricón.

COL. No, no te esfuerces, Pierrot. Ya es tarde para que me engañes otra vez. Antes, aquella noche, la primera y única que nos vimos, pudo hallar eco en mi alma el eco de tus palabras. Hoy Colombina, la humilde Colombina, no puede escucharlas.

PIER. (Rápido.) ¿Por qué?

COL. Porque para creer en ellas tendrían que sonar á oro mis bolsillos y á nobleza mi nombre y á encajes y sedas mis vestidos. (Con acento de dolorida intención.)

PIER. ¡Basta, Colombina! ¡Por caridad! Para Pierrot no hay nobleza como la de tu alma, ni seda como la de tu piel, ni oro como el de tu risa. Yo necesito engarzar á los cascabeles de mi traje el cascabeleo alegre de tus carcajadas; y al brillo de oropel de sus lentejuelas el brillo enamorado de tus ojos; y á este corazón mío, inquieto y tornadizo, el alma tuya voluble y volandera. Te quiero para mí siempre y para mí solo, Colombina.

COL. Eso es muy bonito, muy delicado; pero ¡ay! mucho más lo sería si me lo dijeras con el alma. Dime, Pierrot, ¿qué has hecho de tu alma, de aquella alma de payaso, toda ternura, que brindaste á tu Colombina una noche de Carnaval como ésta?

PIER. ¿Y tú, Colombina? ¿Qué has hecho tú del encanto de tu ingenuidad, de aquel misterio frívolo de tu corazón? ¿Es que ya no eres la misma?

COL. Tú sí que no eres el mismo. ¡Ah! ¡Si lo fueras...!

PIER. (Rápido.) ¿Qué?

COL. Si fueras mi Pierrot como en otro tiempo, también yo, como entonces, sería hoy tu Colombina. (Con pasión.)

PIER. ¿Hablas con el corazón?

COL. Si supiera de un lenguaje más fiel, en él te hablaría siempre.

PIER. Gracias, gracias. Eres como fuiste, ¿por qué me has dado, entonces, el tormento de tu desconfianza?

COL. Pensaba en el tormento de tu engaño que ha sido mucho más grande.

PIER. Olvídalo y cree en mi cariño.

COL. Aunque no tuviera razón para creerte te creería siempre. Yo necesito de tu amor como de la vida misma.

ESCENA XIII

PIERROT, COLOMBINA, SATIRICÓN y GUIGNOL

Guignol entra por foro izquierda, borracho, del brazo de Satiricón. Este le indica dónde está Colombina con Pierrot

PIER (A Colombina.) Dices bien. Tú has nacido para el amor de un poeta: para mi amor. Viviremos juntos.

SAT. (Bajo á Guignol.) ¿Oyes, Guignol?

COL. Sí; juntos siempre, mi Pierrot. Con tu cariño el oro de ese viejo, me quemaría las manos.

GUIG. (A Satiricón.) ¡Y se burla de mí! De mí, que le he dado mi corazón y mi oro, que vale más. ¡Ah! ¡Mujer coqueta!

SAT. No te quejes, pobre Guignol. Colombina es como todas: quiere amar y ama lo que quiere. Y tú de fijo la perdonarás como cualquier viejo enamorado. (Se oyen dentro los acordes de un vals.)

GUIG. Eso no. Perdonarla nunca. ¡Si ya me estoy recreando en la venganza. ¡Ja, ja!

PIER. Dices bien; saldremos del jardín sin ser vistos y huiremos muy lejos.

COL. Donde el amor nos lleve. (Pierrot rodea con su brazo el talle de Colombina y se disponen á salir por la derecha.)

SAT. ¡Y se marchan felices, viejo Guignol!

GUIG. Felices, no: aguarda. (Rápido y sigiloso avanza hacia el grupo que forman los dos enamorados y, sacando un puñal, hiere á Pierrot por la espalda. Satiricón se oculta un momento por izquierda.)

PIER. ¡Ah, infame! (Cae sin sentido en brazos de Colombina.)

COL. ¡Ah, viejo asesino!... ¡Favor! ¡Aquí! ¡Pierrot, Pierrot querido! ¡No puedes sostenerte! Ni con mi apoyo consigues dar un paso.

PIER. (Con desfallecimiento.) ¡Colombina!

COL. ¡Dios mío! (Mirando á un lado y á otro.) ¿Y no vendrá nadie? ¡Ah! sí, se acerca gente. Son tus amigos, tús amigos.

PIER. Ellos me ayudarán á salir. (Entran por lateral derecha y foro derecha Tarquino, Floro, Syro é Invitados 1.º y 2.º)

TAR. (Desde dentro.) De aquí han partido las voces de auxilio.

FLORO ¿Qué ocurre?

SYRO ¿Qué fué ello?

SAT. No fué nada. Pierrot y el viejo que reñían por Colombina. Afortunadamente yo llegué á tiempo y logré separarlos.

TAR. ¡Ah! Mirad qué escena más poética. Pierrot en los brazos de Colombina.

PIER. Ayudadme á salir; no puedo sostenerme.

TAR. ¡Oís lo que dice!

FLORO ¡Es gracioso!

TAR. Pero reparad en la cara de Pierrot; va á estallar de risa.

PIER. Ayudadme, mis buenos amigos.

TAR. ¡Ja, ja, ja!

FLORO Pues amigo, con dos botellas menos no te verías así.

PIER. Si no es eso; es que me ha herido Guignol.

TAR. ¡Herido por Guignol! ¡Estupendo! (Ríen todos.)

COL. (A Pierrot.) Déjalos. ¿No ves que están borrachos?

PIER. ¡Creedme! Es verdad. ¡Auxiliadme!

FLORO Graciosísimo.

TAR. ¡Ja, ja, ja! Vámonos; ya se le pasará. (Inician el mutis.)

FLORO ¡Es inmenso este Pierrot!

SYRO En el salón referiremos la aventura.

TODOS Sí, vamos, vamos. (Pierrot hace un gesto de dolor y sus amigos señalándole con el brazo extendido y mirándose unos á otros, sueltan una carcajada. Mutis por lateral izquierda.)

COL. ¡Imbéciles!

PIER. Van derrochando alegría y es imposible hacerles creer en nuestra tristeza.

COL Tristeza no, Pierrot. Tú sanarás muy pronto.

PIER. ¡Quién sabe!

COL. ¡Ah, viejo Guiñol! ¡Yo me vengaré!

PIER. ¿Para qué? Matándome ha querido matar tu amor y no sabe que solo con herirlo lo ha hecho más grande.

COL. Con sangre ha bautizado nuestro cariño.

PIER. ¡Huyamos de aquí!

COL Sí, vamos muy lejos. El recuerdo de esta amargura pasará pronto y libres del odioso Guignol, haremos un paraíso de nuestro cariño. Juntos, siempre juntos, Pierrot y Colombina... (Las últimas palabras de este trozo de diálogo las pronunciará Colombina, mientras se verifica la mutación, para dar lugar á que enlace sin espera alguna con el recitado de las que lee Manolo en el Epílogo. La mutación se verificará todo lo más rápidamente posible. Aparece la decoración del prólogo.)

EPÍLOGO

ESCENA UNICA

ENRIQUE y MANUEL

MAN. (Leyendo.) «Pierrot y Colombina vivirán ale»gres, muy alegres. Y la alegría de sus vidas »será como una lozana primavera de amor, »que perfume por siempre sus corazones, á »través del alma voluble de Colombina y de »la empolvada y risible careta de Pierrot...» (Pausa breve. A Enrique, dejando de leer.) ¿Qué te

ha parecido mi comedia? Ahora eres tú el que tiene la palabra.

ENR. (Levantándose á la vez que Manuel.) No, perdona; antes que mi opinión está la de estos señores. (Señalando al público.)

TELON

Obras de Silvio-Figarelo

¡A los pies de usted!

La Mi-Carême.

El chubasco.

¡¡Qué alma, rediós!!, parodia política de *Alma de Dios.*

Corazòn serrano.